

Francisco José Cantero Serena

# El arte de no enseñar lengua

**Octaedro** 

Colección Universidad

Título: *El arte de no enseñar lengua*

Primera edición: junio de 2019

© Francisco José Cantero Serena

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.  
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02  
octaedro@octaedro.com  
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17667-47-4

Depósito legal: B. 16714-2019

Diseño y producción: Ediciones Octaedro

Impresión: Prodigitalk

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Este libro lo he aprendido de mis alumnos.*

ARNOLD SHÖNBERG (*Harmonierlehre*, 1922)



# Introducción

En los últimos años, la enseñanza de la lengua ha experimentado un cambio de paradigma tan radical que, muchas veces, los profesores nos sentimos desorientados, atrapados en una extraña contradicción: ¿enseñamos la lengua o enseñamos a aprenderla? ¿Somos la vía de entrada a la lengua (la lengua que enseñamos a hablar y que también enseñamos a amar) o somos los gestores de su adquisición? (Pero... eso de «gestionar la adquisición», ¿cómo se hace?).

Para intentar dar respuesta a estas cuestiones y afrontar la perplejidad que nos provocan tantas novedades, nos adentraremos en los temas clave de la didáctica de la lengua, en sus conceptos operativos y en los principales criterios metodológicos de nuestra labor. Porque, aunque la lengua puede tomarse como un objeto de estudio y pueden enseñarse sus partes y sus reglas (como se enseñan las lenguas muertas, diseccionándolas), enseñar una lengua no se reduce a estudiarla, sino que hay que enseñar, sobre todo, a comunicarse en ella.

Y es que la lengua no es exactamente una cosa (que pueda estudiarse), sino una acción (que puede hacerse). Cuando decimos «lengua», queremos decir «comunicación»; y cuando decimos «comunicación», estamos refiriéndonos a todo eso que hacemos para relacionarnos con los demás. En realidad, por tanto, *la lengua no se puede enseñar*: más bien, hay que experimentarla, hay que hacerla.

Entonces, para conseguir que nuestros alumnos sean hablantes eficaces de la lengua, no basta con darles información y acompañarlos en sus aprendizajes formales (no basta con que nosotros

«enseñemos»), sino que debemos promover sus procesos de aprendizaje (y, como veremos, sus procesos de adquisición y desarrollo de competencias), mediante la actividad de los propios alumnos (porque son ellos los que deben «hacer»). El profesor no es el agente de estos procesos, en ningún caso, pero sí que puede ser su gestor: la adquisición no puede «enseñarse», pero sí que puede gestionarse.

Como profesores, por tanto, el nuestro no es el arte de «enseñar», sino el arte de «no enseñar» la lengua: el arte de promover y gestionar una comunicación genuina que facilite a los alumnos adquirir las competencias que les permitan *establecer, regular y mantener* sus relaciones personales: el arte de la comunicación humana.

En este libro<sup>1</sup> recorreremos las cuestiones clave de la didáctica de la lengua: en primer lugar, qué quiere decir «no enseñar» (no enseñar, sino promover y gestionar los procesos de adquisición y desarrollo de los alumnos); en segundo lugar, hay que no enseñar «qué» (o cuál es nuestro objetivo: las competencias comunicativas y las habilidades lingüísticas de los alumnos, como individuos y como miembros del grupo); y no enseñar, en todo caso, «cómo» (esto es, una metodología de aula basada en los contextos significativos); por último, no enseñar «quién» (o cuáles son nuestras funciones como profesores de lengua, a medio camino entre el sabio y el artista).

Todo lo que veremos aquí son ideas sencillas, que en los contextos más tradicionales de nuestro entorno académico aún pueden parecer ideas nuevas, como lugares comunes de una didáctica «novedosa». Pero el *enfoque comunicativo* no es un enfoque más, ni una «nueva» metodología, sino que constituye el propio territorio por el que se mueve la didáctica de la lengua. Entonces, y para que estas ideas dejen de parecer ideas nuevas (y para que continúen siéndolo,

1. He reunido aquí ideas que he ido formulando en diversas publicaciones anteriores (especialmente, en Cantero, 1998, 2004a, 2008; y Cantero y Mendoza, 2003). Una primera versión de algunos apartados de este trabajo formó parte del módulo de enseñanza virtual «Lenguaje y Comunicación» (Fundación Inicia de la República Dominicana). El título *El arte de no enseñar lengua* lo empleé en la conferencia inaugural del I Congreso Internacional de Estudios do Espanhol (Brasilia, 2011), que durante un tiempo ha sido un artículo inédito que yo ofrecía a mis alumnos como lectura complementaria a mis explicaciones, y que es el núcleo inicial de este trabajo.

desde nuevas perspectivas), nuestra obligación es formularlas con toda claridad.

Yo no puedo imaginar una labor más hermosa que ser profesor de lengua: cuando *no* enseñamos lengua, estamos *no* enseñando a nuestros estudiantes a relacionarse con los demás, estamos acompañándolos en el juego de ser personas y estamos conduciéndolos, sin saberlo, en la formación de su mente, acariciando su alma.

Porque enseñar lengua es enseñar a comunicarse. Y comunicarse es *contagiar*.



# Arte de contagiar

La perspectiva matemática de la comunicación como «teoría de la información» (Shanon y Weaver, 1949) es la más extendida aún hoy en teoría de la comunicación, y es ampliamente aceptada por los lingüistas:<sup>2</sup> la comunicación sería, esencialmente, transmisión de información. Los educadores, sin embargo, sabemos bien que la comunicación va mucho más allá, y que la comunicación no es simplemente «transmisión de información».

Otras visiones más abiertas (como la escuela de Palo Alto: Watzlawick *et al.*, 1967), permiten distinguir entre la comunicación como «transmisión de información» (*report*) y la comunicación como «relación personal» (*command*).

Según nuestra perspectiva, la comunicación humana es, esencialmente, relación personal. Ese es nuestro objeto de estudio, como profesores de lengua, y sobre todo ese es nuestro ámbito de trabajo: las relaciones humanas.

De hecho, la comunicación no siempre es información y, a menudo, en nuestros actos comunicativos la información es, sencillamente, superflua. En nuestros intercambios siempre hay una dimensión afectiva que tiñe el acto comunicativo y que es más relevante que la propia información que se transmite.

Así ocurre, por ejemplo, con los rasgos de cortesía en nuestras relaciones sociales. Por ejemplo, cuando queremos dar una orden y,

2. Junto con el esquema clásico del acto comunicativo, unidireccional y unívoco (con un emisor, un receptor, un mensaje, un único código, etc.), que revisaremos más adelante (cfr. figura 8).

en vez de decir: «¡Siéntese!», decimos: «¿Puede sentarse?», no se añade información a la orden, sino que, sencillamente, se la posibilita; la orden podría resultar agresiva para el interlocutor y, por tanto, podría romper el propio acto comunicativo.

Del mismo modo, al solicitar cortésmente una mercancía o un servicio (en lugar de decir: «Quiero un café», decir: «¿Sería tan amable de servirme un café?») no se añade ninguna información a la petición, sino que, sencillamente, se la permite, porque facilita la relación.

Incluso cuando queremos ofender a nuestro interlocutor (pero no queremos agredirlo físicamente) negociamos con él la posibilidad misma de ofenderlo, mediante fórmulas de cortesía: en vez de insultarlo directamente con un: «¡Imbécil!», podemos modular la entonación y susurrar «¿Imbécil...?».

En todos estos casos, la cortesía no añade información al acto comunicativo, sino que lo regula: no es que estemos lanzando una información del tipo «quiero ser cortés contigo» (aunque esa información está, no es lo relevante), sino que estamos permitiendo la propia comunicación, regulándola desde la afectividad.

En otras ocasiones, el intercambio comunicativo tampoco consiste en «transmitir información», sino que se limita al propio acto de regular (afectivamente) el intercambio.

Un buen ejemplo es el tipo de conversaciones que ocurren en el entorno familiar, donde todo lo que se dice sirve exclusivamente para colocar a cada uno en un rol, reforzar su identidad y mantener sus lazos: los mayores (los padres o los abuelos) que narran hechos inverosímiles o asombrosos del pasado realmente no están dando información sobre su vida o sobre cómo era el mundo en otra época, sino que lo que están haciendo es reforzar su imagen de referente familiar, de patriarca/matriarca, o de personaje excepcional; por su parte, el joven que se queja continuamente de una cosa u otra en realidad no está aportando información sobre sus sentimientos, sino que está reivindicándose en el grupo y posicionándose al alza; y el niño que se excusa con zalamerías cuando alguien le llama la atención tampoco está dando ninguna información, sino que está reforzando su posición jerárquica de inferioridad, la cual le descarga de responsabilidades.

En el núcleo familiar solo hay roles afectivos, y rara vez se establece una conversación significativa que consista en transmitir información (menos aún información veraz): es así como se crean las leyendas, los mitos familiares, los estigmas, las maldiciones, las anagnórisis. El núcleo familiar es el lugar de las relaciones, pero no siempre el de las informaciones.

También en la comunicación íntima, como en la pareja, la comunicación es prioritariamente afectiva, difícilmente informativa. En efecto, decir: «¿Tú me quieres?» ni requiere información ni la aporta, sino que refuerza el vínculo entre los amantes y regula su relación. Regular la comunicación es permitirla.

En todos estos casos, la comunicación no es información sino pura relación. En buena parte de nuestra vida (seguramente, la parte más importante de nuestra vida), con la mayoría de nuestros interlocutores (seguramente, también, los más importantes), la comunicación no es información, sino que es, más bien, *contagio*.

De nuestros maestros de la infancia recordamos no la información que pudieron transmitirnos, sino *todo lo demás*: su presencia, su afectividad (positiva o no), su voz... «Todo lo demás», es decir, todo lo que no es «información», es lo que recordamos de los demás; porque seguramente eso es lo que somos: «todo lo demás». La comunicación humana es afectividad y es contagio, porque la comunicación, además, es *contacto*: contacto físico.

No es trivial que la voz sea el vehículo de la comunicación oral: las relaciones humanas (fundamentalmente, orales) se establecen mediante el intercambio físico que consiste en percibir la voz de nuestros interlocutores y en producir la voz que nuestros interlocutores perciben.

La voz es un fenómeno físico: la voz es los sonidos que intercambiamos, sonidos que son variaciones de presión (y variaciones de presión que pueden tocarse), en los que ciframos los contenidos del alma. La parte material de nuestra alma es nuestra voz.

Nuestras relaciones consisten en producir voz y en escuchar la voz de los demás: la voz producida en nuestras cavidades de resonancia contacta con la piel de nuestro interlocutor, en cuyas propias cavidades de resonancia nuestra voz también resuena (Cantero, 2004a). La comunicación oral es puro contacto físico.

Más allá de la transmisión de información, o de sentimientos, o incluso de actitudes, el acto comunicativo es un acto físico, sensual, afectivo: puro contagio, pura relación. La comunicación no consiste solo en transmitir información, por tanto, sino en *establecer, regular y mantener* la relación:

- ▶ *Establecer* la relación mediante el contacto (que es un contacto físico).
- ▶ *Regularla* a través de fórmulas de cortesía y afectividad (que no son actividades informativas en sí mismas).
- ▶ *Mantenerla* para asegurar nuestra identidad (porque no somos «individuos» aislados, sino miembros de un grupo relacional).

Ser profesor de lengua, entonces, requiere centrarse no exclusivamente en la información (lingüística), sino prioritariamente en la afectividad y en el contacto, en el contagio: en la propia relación.

# Índice

Introducción . . . . .	9
Arte de contagiar . . . . .	13
No enseñar . . . . .	17
La comunicación se hace . . . . .	17
La Didáctica de la Lengua y la Literatura . . . . .	19
Definición de la DLL . . . . .	19
Objetivos y ámbitos de actuación de la DLL . . . . .	21
Marco de referencia conceptual y líneas de investigación . . . . .	23
Adquisición o aprendizaje de la lengua . . . . .	25
Enseñanza-aprendizaje . . . . .	26
La lengua no se puede «enseñar» . . . . .	27
Adquisición y aprendizaje . . . . .	28
No enseñar qué: las competencias comunicativas . . . . .	31
Las competencias estratégicas . . . . .	33
La competencia lingüística . . . . .	34
La competencia discursiva . . . . .	35
La competencia cultural . . . . .	36
La competencia estratégica . . . . .	38
Actividades y estrategias comunicativas . . . . .	39
Las cuatro destrezas tradicionales . . . . .	39
Más allá de las cuatro destrezas . . . . .	40
Las competencias específicas . . . . .	43

Producción y percepción . . . . .	44
Interacción . . . . .	46
Mediación . . . . .	47
La estrella comunicativa . . . . .	49
La interlengua . . . . .	52
No enseñar qué: las habilidades lingüísticas . . . . .	55
La comunicación oral . . . . .	55
Los códigos orales: multiplicidad de códigos . . . . .	55
Elementos de la conversación . . . . .	58
(No) enseñar comunicación . . . . .	60
El lenguaje oral formal . . . . .	61
El lenguaje escrito . . . . .	63
El código escrito: la norma es el sistema . . . . .	63
Adecuación, coherencia y cohesión . . . . .	64
Tipología textual . . . . .	66
Lectura e intertextualidad . . . . .	68
No enseñar cómo . . . . .	71
El aula como espacio de comunicación . . . . .	73
Las actividades de lengua . . . . .	75
La planificación de aula . . . . .	76
Las secuencias didácticas . . . . .	77
Oportunidades de interacción . . . . .	80
Integración de destrezas . . . . .	82
La evaluación formativa . . . . .	83
No enseñar quién . . . . .	85
Funciones del profesor de lengua . . . . .	85
Entre el sabio y el artista . . . . .	87
El profesor es un sabio . . . . .	87
El profesor es un promotor . . . . .	88
El profesor es un artista . . . . .	88
Conclusión . . . . .	91
Referencias bibliográficas . . . . .	93